



CARTA PASTORAL

«REPRESENTANTES DE JESUCRISTO»

IDENTIDAD Y ORACION

Hermano John Johnston, FSC
Superior General

1° de enero de 1990

«Representantes de Jesucristo»

Identidad y Oración

«En el empleo que ejercéis, 'sois los embajadores y ministros de Jesucristo'; por consiguiente, tenéis que desempeñarlo como representantes suyos. Jesucristo mismo es quien desea que los discípulos os miren como le mirarían a El; y que reciban vuestras instrucciones como 'si El en persona se las diera'...

«Para cumplir ese deber con tanta perfección y exactitud como exige Dios de vosotros, entregaos a menudo al Espíritu de Nuestro Señor, a fin de no obrar sino por El al ejercerlo, renunciando en absoluto a vuestro espíritu propio de manera que, difundiendo el Espíritu Santo sobre los discípulos, puedan éstos poseer plenamente el espíritu del cristianismo».

Meditaciones para los Días de Retiro, 3.2

1º de enero de 1990

Día Mundial de la Paz

Queridos Hermanos:

«A todos los predilectos de Dios... llamados y consagrados, os deseo el favor y la paz de Dios nuestro Padre y del Señor, Jesús Mesías» (Rom 1,7).

Estas palabras de Pablo a los Romanos expresan a la perfección los sentimientos íntimos que me embargan al empezar esta carta. Todos nosotros somos «predilectos de Dios». No sólo nos ha dado la vida y nos sustenta con amor, sino que nos ha escogido y nos ha llamado a ser Hermanos de las Escuelas Cristianas. Aún más, todos estamos «llamados a la santidad» como nos lo recuerdan de modo convincente la beatificación del Hermano Escubilión y la canonización del Hermano Muciano María.

Hermanos, les agradezco sinceramente sus saludos navideños y sus insistentes oraciones para que Dios confiera a nuestro Instituto, a toda la Familia Lasallista, y a quienes han sido llamados a servir en el Gobierno Central, abundantes dones de su Espíritu.

Mi propia oración por todos ustedes «predilectos de Dios... llamados a ser santos», es que Dios nuestro Padre y el Señor Jesucristo les conceda, por medio de su Espíritu, la gracia y la paz que ustedes y cada uno de nosotros necesitamos con tanta urgencia.

Los acontecimientos de 1989... y nuestros Hermanos

En los reportajes de fin de año, la prensa hablada y escrita se ha propuesto, lográndolo en cierta medida, resumir e interpretar los acontecimientos extraordinarios y sorprendentes del año pasado. El Papa Juan Pablo II dijo en su mensaje de Navidad que Europa se había liberado de una pesadilla. Algunos comentaristas dijeron que años como 1989 sólo ocurren una o dos veces cada siglo.

Dejo tales consideraciones en manos de los historiadores y de los analistas políticos. Me propongo simplemente recordar que si Dios en su Providencia nos ha encomendado servir a la juventud de casi la mitad de los países que forman las naciones Unidas, los acontecimientos de 1989 conciernen directa o indirectamente a centenares de Hermanos.

Los cambios totalmente imprevistos de Polonia, por ejemplo, como los de Checoslovaquia, Rumania y Hungría, tres países en que el Instituto fue suprimido, tendrán ciertamente un profundo impacto en las vidas de nuestros Hermanos. Al escribir estas palabras las situaciones están lejos de aclararse, sobre todo en Rumania, por eso es prematuro adelantar más sobre este asunto.

Sin embargo, nos alegramos con nuestros Hermanos, heroicos y llenos de fe, que han vivido su consagración religiosa con fidelidad excepcional en medio de la «pesadilla» de la persecución religiosa que ha predominado. Han mantenido la

unión y la solidaridad con el Instituto a pesar de ingentes dificultades de comunicación. Hermanos, nos enorgullecemos de ustedes y les agradecemos por mostrarnos lo que el quinto voto, el voto de estabilidad, debe significar para todos nosotros.

También tengo presentes a aquellos que viven y prestan su servicio en aquellas partes del mundo que sufrieron la violencia el año pasado: El Líbano (donde nuestro veterano Hermano Paul Ruffié encontró la muerte), Cisjordania, Sri Lanka, Filipinas, Panamá, Colombia, Perú... Hermanos de Vietnam y Birmania, pienso en ustedes y oro para que desaparezcan pronto los obstáculos que impiden nuestra visita pastoral.

Pero desde el punto de vista positivo, 1989 es el año en que los Hermanos pudieron regresar a Cuba. Damos gracias a Dios por este grandísimo don. Me complace saludar a los tres Hermanos de la primera comunidad y esperamos que pronto haya muchas otras.

Beato Escubilión... San Muciano María

Hay otro motivo por el cual 1989 fue un año extraordinario: fue el año en que Dios habló al Instituto y a toda la Iglesia por medio de dos acontecimientos excepcionales: la beatificación del Hermano Escubilión el 2 de mayo y la canonización del Hermano Muciano María el 10 de diciembre.

Mientras reflexionaba en la vida de estos dos Hermanos extraordinarios me he detenido, no tanto en la manera como los dos vivieron su vocación

lasallista, tan impresionantemente distinta, sino más en lo que tuvieron en común; en la «esencia» de esas vidas expresada y revelada en sus historias personales diferentes.

Ambos fueron verdaderos hombres de Dios, «representantes de Jesucristo» ante aquellos confiados a su cuidado. Ambos, el Hermano Escubilión y el Hermano Muciano, se entregaron totalmente y sin reservas a Dios. El les dispensó los dones de su Espíritu con tal abundancia que pudieron mover los corazones como embajadores y ministros de Jesucristo.

Los Hermanos Escubilión y Muciano, así como los demás Hermanos santos, vinieron a mi memoria cuando leí, hace meses, la bella oración de la Madre Teresa, intitulada «Irradiar a Cristo»:

«Amado Jesús, ayúdame a esparcir tu fragancia doquiera que vaya... Penetra y posee todo mi ser de manera tan total que mi vida irradie tu vida. Brilla a través de mí hasta el punto que toda persona con quien trate pueda sentir tu presencia... Haz que cuando me miren no me vean ya a mí sino solo a Jesús».

No es fácil rezar esta oración con sinceridad y tomarla en serio. Las implicaciones son aterradoras e incómodas. Para irradiar Cristo a los demás tengo que «dejarme llevar» y abandonarme completamente a Dios, permitiéndole actuar por medio de mí. Ese pensamiento es más bien amenazador. Pero san Juan Bautista de La Salle insiste con firmeza que, como ministros y embajadores de Jesucristo, debemos irradiarlo.

La Comunicación a través de imágenes

A medida que tratamos de entender mejor la voluntad de Dios sobre nuestro ser y nuestro obrar, y que nos esforzamos por cambiar lo que debemos cambiar para vivir más auténticamente nuestra vocación, puede sernos de gran utilidad el meditar en las imágenes usadas por La Salle para ayudar a los primeros Hermanos a captar el significado de su llamamiento:

«Las imágenes nos hablan existencialmente... comunican a través de su poder evocativo. Son portadoras de un significado latente que es aprehendido de manera no conceptual e incluso subliminal; aprehendido no simplemente por la inteligencia sino por la imaginación, el corazón, la persona toda» (Avery Dulles).

Esta carta pastoral se propone precisamente explorar algunas de las imágenes empleadas por La Salle y reflexionar sobre sus implicaciones para nosotros hoy día.

PARTE I: «CONSIDERANDOOS EN ESE PARTICULAR COMO...»

En la primera de las *Meditaciones para los Días de Retiro*, nuestro Fundador exhorta a los Hermanos a proclamar «la verdad a los que tenéis el cargo de instruir... considerándoos en ese particular como *ministros de Dios y los dispensadores de sus misterios*» (MDR 1.1). Es aleccionador examinar el texto Paulino que inspiró estas palabras: 1 Cor 4,1.

Pablo dice: «que se nos considere a nosotros servidores de Cristo y encargados de anunciar los secretos de Dios».

Siguiendo la idea de Pablo, pero con gran originalidad y creatividad, La Salle emplea vívidas imágenes, imágenes que, según Dulles, hablan existencialmente, comunican a través de su poder evocativo, son aprehendidas no simplemente por la inteligencia, sino por la imaginación, el corazón y la persona toda.

Evidentemente, La Salle usa muchas imágenes: además de *ministerio* y *ministro*, encontramos *administrador*, *cooperador de Jesucristo*, *embajador*, *sarmiento unido a la vid*, *instrumento*, *Buen Pastor*, *ángel de la guarda*, *arquitecto*... Buen número de estas imágenes son, por supuesto, inspiradas por san Pablo, hecho éste de gran importancia para captar el pensamiento del Fundador sobre la vocación del Hermano:

«Vosotros, sin pretender parangonaros con él, podéis decir... que hacéis lo mismo y ejercéis idéntico ministerio en vuestra profesión» (MDR 7.1).

De las Imágenes a los Modelos

Dulles afirma que una imagen es portadora de un significado latente que es aprehendido de manera no conceptual, incluso subliminal. Y agrega: «Cuando se emplea una imagen de modo reflexivo y crítico para ahondar en el conocimiento teórico de la realidad, ésta se convierte en modelo» (Dulles)

Mi objetivo es reflexionar sobre las imágenes que La Salle emplea con el fin de comprender más profundamente su MODELO de la vocación de los Hermanos, es decir, su concepción teórica de esa realidad. El término «Modelo» puede definirse más precisamente como «un esquema o diseño básico en el cual y en contraste con el cual, cada parte subordinada o elemento asume su significado e importancia» (Richard O'Brien).

El título de esta carta lo he tomado de la cita que escogí como punto de partida fundamental:

«En el empleo que ejercéis, 'sois los embajadores y ministros de Jesucristo'; por consiguiente, tenéis que desempeñarlo como representantes suyos» (MDR 3.2).

Es cierto que La Salle no emplea la imagen «representantes de Jesucristo» tan explícita y frecuentemente como otras imágenes. Sin embargo estoy centrando mi atención en este pasaje y en la imagen en él contenida porque el Fundador no deja ninguna duda de que habla muy en serio cuando les dice a los Hermanos que han de representar a Jesucristo:

«Jesucristo mismo es quien desea que los discípulos os miren como le mirarían a El; y que reciban vuestras instrucciones como 'si El en persona se las diera', persuadidos de que la verdad de Jesucristo habla por vuestra boca» (MDR 3.2)

Dios, por su Providencia...

A fin de entender cómo el Fundador llegó a estas imágenes que nos ayudan a entender su visión de la vocación del Hermano, volvamos a la primera meditación que en mi opinión tiene un significado especial, tanto por su contenido como por su número de orden.

Ya que el tiempo de retiro era seguramente tan precioso en la vida de los primeros Hermanos como lo es hoy para nosotros, parece razonable suponer que el material que La Salle preparaba para uso de los Hermanos tenía importancia particular. Además, dado que los directores de retiros ordinariamente conceden especial atención a su primera conferencia, tiene sentido que observemos detenidamente el contenido de esa primera meditación.

La Salle no pierde tiempo e invita a los Hermanos a reflexionar en el significado de su vocación a la luz del plan salvífico de Dios. Es Dios por su providencia, es decir, en su amoroso designio por quienes ha creado, el que toma la iniciativa. Dios quiere que todos los hombres —especialmente los pobres y los jóvenes abandonados que frecuentan las escuelas de los Hermanos— lleguen al conocimiento de la verdad y se salven. Mas como Dios obra a través de sus ministros, los niños necesitan que alguien les anuncie la Palabra.

A este fin Dios enciende una luz en los corazones de ciertas personas a las que ha destinado para anunciar su Palabra. Hermanos, el Fundador dijo: «Ya, pues, que, 'en su misericordia, os ha en-

comendado Dios tal ministerio, no adulteréis su palabra; antes bien, granjeaos en su acatamiento la gloria de descubrir la verdad'... considerándoos en ese particular como *ministros de Dios y dispensadores de sus misterios*» (MDR 1.1).

El «modelo» que sigue La Salle, o sea, su concepción teórica de la vocación de los Hermanos, está inspirado por su profundo conocimiento de la vocación de un sin número de hombres y mujeres en la Sagrada Escritura, hombres y mujeres llamados por Dios en respuesta a necesidades concretas; hombres y mujeres invitados, nunca forzados, a decir Sí. Todas las imágenes que usa el Fundador —*ministros, Buen Pastor, Angeles Custodios*— ayudaron a los primeros Hermanos a captar la naturaleza de su llamamiento. Fue Dios quien tomó la iniciativa al llamarlos. En su preocupación amorosa por los niños, especialmente por los niños pobres, Dios los confía al cuidado de los Hermanos y, por medio del Espíritu Santo les concede las luces, la gracia y la fuerza que necesitan.

Me consagro enteramente...

Esta concepción de la vocación de los Hermanos se evidencia en su *Fórmula de Votos*: consagrándose enteramente a Dios según esta fórmula, los Hermanos manifiestan su convicción de que Dios los ha llamado para que se entreguen totalmente a El y vivan esa consagración en el ejercicio de su ministerio apostólico de la educación. Su compromiso con esta «sociedad» fue serio y exigente. Hicieron el voto de obediencia y expresaron

explícitamente su disposición de ir a cualquier lugar a que fueran enviados, y para desempeñar el empleo a que fueran destinados. Finalmente, hicieron el voto de estabilidad comprometiéndose a perseverar a toda costa.

La vocación de los Hermanos —que sirven como ministros y embajadores de Jesucristo y sus representantes ante los jóvenes— exige que sean hombres de Dios, hombres de fe, hombres de oración, hombres de celo y hombres de comunidad. ¿Pero cómo llevar a cabo auténticamente esta vocación que La Salle consideró tan elevada y tan necesaria? La respuesta del Fundador es clara:

«Para cumplir ese deber con tanta perfección y exactitud como exige Dios de vosotros, entregáos a menudo al Espíritu de Nuestro Señor, a fin de no obrar sino por El al ejercerlo, renunciando en absoluto a vuestro espíritu propio, de manera que difundiéndose el Espíritu Santo sobre los discípulos, puedan éstos poseer plenamente el espíritu del cristianismo» (MDR 3.2).

Recuerdo que cuando hablo de «modelo» quiero decir «un esquema o diseño básico en el cual y en contraste con el cual, cada parte subordinada o elemento asume su significado e importancia» (Richard O'Brien). El análisis de las meditaciones de La Salle revela la coherencia de su pensamiento con respecto a la vocación del Hermano. Baste como ejemplo examinar la meditación para la fiesta de san Esteban, mártir:

«Sois vosotros los elegidos para anunciar y dar a conocer a Jesucristo: eso supuesto, *ad-*

mirad la bondad de Dios con vosotros, siempre que, como dice el Apóstol, permanezcáis firmes en el estado donde, por su misericordia, os colocó. ...Comunicad a los que tenéis que instruir el conocimiento de Jesucristo... Con ese fin os ha encomendado Dios el ministerio que ejercéis» (MDF 87.2).

Sólo el Hermano que permanece firme en el estado en que Dios lo colocó puede ser «representante de Jesucristo» ante quienes Dios confió a sus cuidados.

La Salle y el Vaticano II

Cuán interesante y alentador es reflexionar en la concepción que La Salle tiene de la vocación de los Hermanos a la luz del Vaticano II, particularmente a la luz de este magnífico e importantísimo pasaje sobre la vida consagrada, tomado de la *Lumen Gentium*:

«Los religiosos cuiden con atenta solicitud de que, por su medio, la Iglesia muestre de hecho mejor cada día ante fieles e infieles a Cristo, ya entregado a la contemplación en el monte, ya anunciando el reino de Dios a las multitudes, o curando a los enfermos y pacientes y convirtiendo a los pecadores al buen camino, o bendiciendo a los niños y haciendo bien a todos...» (L.G. 46).

La manera como debemos irradiar a Cristo nos la muestra Juan Pablo II en estas palabras dirigidas a la Congregación de «Christian Brothers»,

pero que se nos aplican muy bien a nosotros:

«La Iglesia os está agradecida por vuestra labor en bien del Evangelio y por todo lo que hacéis para que Jesús el Maestro esté presente en el mundo de hoy. Tened presente que la medida de vuestra eficacia depende de que os 'revistáis de Jesucristo' totalmente, de que aceptéis su palabra en vuestros corazones, y de que permanezcáis en su amor».

Por tanto, Hermanos, nuestra vocación, según el Fundador y el Vaticano II, consiste en hacer de la presencia amorosa y salvadora de Cristo una realidad en el mundo de la educación y entre los jóvenes. La palabra «visible» es importante.

El carácter distintivo de la vocación a la vida consagrada «...no es la vocación a la santidad (común a todos los cristianos), sino la profesión pública... de la voluntad de vivir plena y radicalmente el Evangelio... Es un compromiso público de seguir a Jesucristo, que no consiste en repetir e imitar lo que El hizo, sino más bien... reencarnar su presencia en el mundo... Tenemos el deber de hacer patente a Dios, en Jesucristo, ante la humanidad; ella debe comprender, por medio de nosotros, que *Dios* existe y que sólo *El* en verdad es... Los religiosos evangelizan primero que todo *siendo* lo que son, cualquiera que sea su estilo de vida y su acción... esta clase de religiosos evangelizan en tal grado que, a través de su vida y de su ser, hacen presente en medio del mundo, fiel y radical-

mente, a Jesucristo mismo». (Marcello Carvalho Azevedo, *Vocation for Mission*, pp. 8, 14, 138).

Integración de las Dimensiones Constitutivas

El análisis de las imágenes usadas por La Salle revela claramente que «Juan Bautista de La Salle se sintió movido a fundar una comunidad de hombres que, iluminados por Dios y en sintonía con su designio salvador, se asociaron para dar respuesta a las necesidades de una juventud pobre y alejada de la salvación» (Regla 47).

El fundó esta comunidad de hombres para responder a lo que percibía como una necesidad urgente. No fue su intención primero fundar una comunidad religiosa para luego asignarle alguna función apostólica.

Su modelo o concepción teórica de la vocación de los Hermanos nunca admitió una dicotomía entre la consagración religiosa y la misión. El modelo que se introdujo algunos años después y que está basado en una distinción entre fin principal y fin secundario, o fin genérico y fin específico, no corresponde a su manera de pensar. Nunca les dijo a los Hermanos que eran *en primer lugar* religiosos y, *en segundo lugar* ministros, embajadores, buenos Pastores, o «representantes de Jesucristo». Para él la imagen lo decía todo. Para La Salle los Hermanos glorificaban a Dios viviendo juntos y por asociación su consagración total a la Santísima Trinidad como ministros de la educación cristiana.

Una Clara Dicotomía...

Desafortunadamente, sin embargo, con la importancia que se le concedió a cierta interpretación de la fórmula fin primario-fin secundario, perdimos de vista el modelo de La Salle. Ahí empezó a prosperar entre nosotros una clara dicotomía entre las dimensión «religiosa» y la dimensión «apostólica» de nuestra vida.

Aunque reconozco que corro el riesgo de simplificar demasiado o aun caricaturizar, creo que es justo decir que muy a menudo se dió la tendencia a identificar el «fin primario» con «vida religiosa» entendida esencialmente en términos de oración, silencio, observancia de la regla, fidelidad a los votos; e identificar «fin secundario» con actividades apostólicas.

Se concedió al «fin primario» prioridad en la formación inicial y permanente de los Hermanos. Y aunque se dio formación profesional para el ejercicio del apostolado, no se prestó suficiente atención a la relación entre la misión y la consagración religiosa. El modelo que se practicaba —un modelo que resultaba de considerar a los Hermanos como «religiosos», por una parte, y «maestros» por otra parte— no es de ninguna manera el modelo que emerge de una seria reflexión sobre las imágenes empleadas por La Salle. Creo que este «modelo» inadecuado ha tenido, y todavía tiene, en cierta medida, consecuencias que son muy negativas.

1. Tengo la impresión de que para muchos de nosotros la actividad profesional y apostólica está al margen de nuestra vida religiosa. No está sufi-

cientemente asociada con nuestra consagración. Nuestra actividad apostólica no sólo nutre insuficientemente nuestra vida religiosa, sino que incluso a veces es un obstáculo para nuestro crecimiento como religiosos.

2. Debido a que el compromiso con el apostolado no ha sido presentado con suficiente claridad como parte integrante de la consagración del Hermano a Dios (*Regla*, 87), y no se ha insistido sobre el «celo ardiente» como una dimensión esencial del espíritu del Instituto, muchos de nosotros no hemos sido lo evangelizadores que debíamos haber sido. Hemos sido hombres de escuela con muchísimo éxito, pero a veces nos hemos quedado demasiado satisfechos con dar educación de calidad sin preocuparnos por ser ministros de los jóvenes y de hacer de las escuelas centros de efectiva educación religiosa y servicio pastoral, al tiempo que centros de excelencia académica o técnica.

El Vaticano II y la Vida Religiosa Apostólica

El Vaticano II dio un nuevo y satisfactorio enfoque de la vida religiosa apostólica, dando orientaciones que han reemplazado de hecho la fórmula fin primario-fin secundario. Cuando habla de los institutos apostólicos la *Perfectae Caritatis* afirma que

«...la acción apostólica y benéfica pertenece a la naturaleza misma de la vida religiosa... Por eso, toda la vida religiosa de sus miem-

bros debe estar imbuida de espíritu apostólico, y toda la acción apostólica, informada de espíritu religioso (P.C. 8).

Este pasaje apoyó fuertemente los esfuerzos del 39° Capítulo General por aclarar la identidad del Hermano y por devolverle al Instituto la espiritualidad apostólica del Fundador. El resultado de esos esfuerzos está expresado en el magnífico documento *Declaración sobre el Hermano de las Escuelas Cristianas en el Mundo Actual*, que con vigor y efectividad se apropia el modelo de vida religiosa apostólica originalmente propuesto por Juan Bautista de La Salle.

Siguiendo esa orientación, nuestra nueva *Regla* insiste en que «Cada Hermano se esfuerce por integrar en su persona las dimensiones constitutivas de su vocación: la consagración a Dios en cuanto religioso laico, el ministerio apostólico de la educación, particularmente junto a los pobres, y la vida comunitaria» (*Regla*, 10).

Integración, no yuxtaposición

Pienso, sin embargo, que hay todavía cierta confusión al entender el significado de «integración». Aunque quisiera pensar que el problema de la «dicotomía» o aun «tricotomía» es cuestión del pasado, la experiencia me indica que no es ese el caso. Puedo traer a colación, por ejemplo, un reciente y acalorado debate sobre si era primero la consagración religiosa o la misión; y otro sobre si era primero la vida comunitaria o la misión. Pienso

que en ambos casos los Hermanos estaban empleando un modelo en el cual los «elementos estaban yuxtapuestos» en vez de un modelo en el que las «dimensiones estuvieran integradas».

Para captar el verdadero significado de «integración» es necesario hacer la diferencia entre «distinción» y «separación». Mentalmente podemos *distinguir* las tres dimensiones: consagración, misión, comunidad, cuya integración constituye el modelo de nuestra vida religiosa apostólica. Pero no podemos *separar* estas tres dimensiones ni en el tiempo ni en el espacio.

Es un error grave identificar consagración religiosa con actividades «espirituales», comunidad con tiempos en que se está literalmente juntos, ministerio apostólico con actividades apostólicas específicas. No. La integración no es equivalente a la yuxtaposición de actividades corrientemente asociadas a consagración, misión y comunidad. La palabra «integración» ha de interpretarse en su sentido literal: las tres dimensiones constitutivas se han vuelto una. No pueden separarse. Somos, por tanto, hombres consagrados las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana; somos hombres de comunidad las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana; somos hombres apostólicos las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana.

Equilibrio y Disciplina

Obviamente, las actividades relacionadas con

las tres dimensiones deben guardar equilibrio. Para lograr un equilibrio estable y una disciplina en el ordenamiento de nuestras actividades diarias, necesitamos la ayuda de la *Regla*, del proyecto comunitario y del proyecto personal. Pero este equilibrio se logrará con mayor seguridad si nuestra comprensión de nosotros mismos como Hermanos está formada por imágenes que se dirigen a nuestra imaginación y corazón y nos conducen al modelo auténtico en el cual y en contraste con el cual todos los aspectos de nuestra vida encuentran su sentido e importancia.

Hermanos, nuestra unidad y eficacia como familia religiosa internacional al servicio de la Iglesia, exige que nosotros estemos de acuerdo sobre lo que Dios quiere que seamos y lo que quiere que hagamos. En pocas palabras, necesitamos una concepción teórica común de lo que significa ser Hermano. Por eso, hemos reflexionado sobre las imágenes que nos conducen al «modelo» que tenía La Salle de la vocación del Hermano.

Ahora bien, describir lo que debemos ser, es una cosa; ser lo que debemos ser, es otro cantar. ¿Cómo llegaríamos a ser hombres que irradian Cristo a los jóvenes? Una vez más nos responde el Fundador:

«Para cumplir ese deber con tanta perfección y exactitud como exige Dios de vosotros, entregaos a menudo al Espíritu de Nuestro Señor...» (MDR 3.2).

Para ser representantes de Jesucristo, debemos, según san Juan Bautista de La Salle, ser HOMBRES DE ORACION.

PARTE II: «LOS HERMANOS: HOMBRES DE ORACION»

La *identidad* del Hermano es el punto de partida para entender la magnífica enseñanza de La Salle sobre la oración. Creemos que Dios nos ha predestinado primero, y luego llamado a responder a las necesidades de los jóvenes, especialmente de los pobres, por medio de una educación humana y cristiana. Y nos consagramos enteramente a Dios en asociación con otras personas que han sentido el mismo llamamiento.

Ya que por vocación debemos ser representantes de Jesucristo, hemos de ser hombres de Dios, hombres de fe:

«Por lo cual importa sobremanera que los Hermanos de las Escuelas Cristianas, que tienen por fin de su Instituto educar en el espíritu del cristianismo a los niños encomendados a su solicitud, y procurar inculcárselo, estén tan penetrados y llenos del espíritu de fe...» (*Colección*, ed. 1914, p. 73).

Caminar con Dios

Ser hombres de fe es «caminar con Dios», es decir «vivir en su compañía». Encuentro la cita bíblica «andar con Dios» de gran ayuda. Me parece que tiene especial relevancia para el religioso apostólico. Me encanta la descripción de Henoc:

«El total de los días de Henoc fue de trescientos sesenta y cinco años. Henoc anduvo con

Dios, y desapareció porque Dios se lo llevó». (Gn 5, 23-24).

Nuestra vida de fe es una relación con el Padre cuya presencia para nosotros es real; un Padre que nos ama, un Padre que nos ha escogido para que seamos sus hijos y para que seamos Hermanos; un Padre que nos llamó ayer y nos llama HOY, este primer día de una nueva década.

Nuestra vida de fe es una relación con Jesucristo —ese Jesucristo que resucitó y que está presente en medio de nosotros en nuestra vida cotidiana; ese Jesucristo que es para nosotros el CAMINO, revelándonos con su vida y enseñanza lo que significa ser hombre; ese Jesucristo que es para nosotros la VERDAD, revelándonos con su vida y enseñanza quién y cómo es Dios; ese Jesucristo que quiere que irradiemos su presencia a los jóvenes.

Nuestra vida de fe es una relación con el Espíritu Santo, que nos conduce como condujo a Jesús (Evangelio de Lucas) y como condujo a nuestro Fundador; ese Espíritu cuyos dones nos permiten hacer visible a Jesucristo ante aquellos que ha confiado a nuestros cuidados; ese Espíritu cuya presencia y cuyos dones nos permiten mover los corazones.

El Espíritu de fe mueve a los Hermanos «a no mirar nada sino con los ojos de la fe, a no hacer nada sino con la mira puesta en Dios y a atribuirlo todo a Dios» (Regla, 5). Esta fe es la base del espíritu del Instituto, y su adquisición «es de grandísima importancia».

Un celo ardiente

Este espíritu de fe enciende en nosotros «un celo ardiente» hacia aquellos que nos han sido confiados «a fin de disponerlos a acoger la salvación revelada en Jesucristo» (Regla, 7). No deja de maravillarme el hecho de que La Salle haya empleado la palabra «celo» cuarenta y seis veces en las 16 meditaciones que escribió para los retiros de los Hermanos. Su lenguaje no admite concesiones:

«Pero al llamaros para tan santo ministerio, os exige Dios que lo desempeñéis con celo ardiente por la salvación de los niños; pues *ésta es obra de Dios, y Dios maldice al que ejecuta su obra con negligencia*» (MDR 9.1). «Y tanto habéis de extremar el celo en este particular que, para contribuir a conseguirlo, 'estéis dispuestos a dar la propia vida. ¡Hasta tal punto tienen que llegaros al alma los niños puestos a vuestro ciudadano!'» (MDR 6.2).

Se llaman «Hermanos»

Vivimos nuestra fe como Hermanos —de hecho nos llamamos «Hermanos». Queremos ser al mismo tiempo hermanos entre nosotros mismos, hermanos de los adultos a quienes tratamos, y hermanos mayores de los jóvenes que se nos confían (Regla, 53).

Esperamos que gracias al carácter fraternal de nuestra vida comunitaria y de nuestra presencia

activa y desinteresada al lado de aquéllos a quienes servimos, los Hermanos testimoniemos la posibilidad de instaurar una auténtica fraternidad entre los hombres y entre los pueblos (*Regla*, 9).

La oración: Momentos localizados en el tiempo y el espacio

Se ha definido la oración como un período de «acrecimiento de la conciencia» en la fe, de la presencia amorosa del Señor y de nuestra presencia ante El. Orar es esencialmente «estar con» el Señor en atención amorosa. Estos momentos de «estar con» Dios son realmente preciosos. Tomo el término «momentos» en un sentido bastante literal: momentos localizados en el tiempo y en el espacio. En mi opinión, no conviene usar la palabra «oración» y «vida de fe» indistintamente. La «vida de fe» es esa relación con Dios de la que disfrutamos a todo momento. La «oración» se refiere a esos momentos específicos de «acrecimiento de la conciencia» en la fe, momentos durante los cuales nos comunicamos con Dios con alabanzas, acciones de gracias, actos de contrición, peticiones. Estos momentos alimentan esa relación con Dios que disfrutamos a través del día.

Durante años he tratado de ilustrar el tema con un ejemplo muy personal: Mis padres gozaron de unas relaciones interpersonales intensas durante más de cincuenta años. Tengo un vívido recuerdo de mi niñez cuando mi padre telefoneaba a mi madre desde su lugar de trabajo, una o dos veces diarias, sin falta. Estos contactos por teléfono fueron

momentos de «acrecimiento de la conciencia» de su presencia mutua, momentos que expresaban y alimentaban su amor mutuo. Mis padres no estaban, literalmente hablando, conscientes el uno del otro a lo largo de todo su día de trabajo, pero su relación intensa era tal que influía en su visión de las cosas, en su juicio, en sus decisiones y en todas sus acciones de la mañana a la noche. Pienso que la oración se relaciona de manera similar con la vida de fe.

El primero y principal...

La Salle consideraba que eran indispensables estos períodos específicos de acrecentamiento de la conciencia y de atención amorosa a Dios. Sus meditaciones, sus cartas a los Hermanos y otros escritos rezuman explicaciones y exhortaciones concernientes a la oración. Además elaboró un método que consideró apto para las necesidades específicas de los Hermanos y escribió un libro completo para explicarlo. Su convicción profunda respecto a la necesidad de la oración personal está expresada con un lenguaje firme en las primeras *Reglas* 4.1:

«Los Hermanos de este Instituto deben amar mucho el santo ejercicio de la Oración, y deben considerarlo como el primero y principal de sus ejercicios diarios, y el que mejor puede atraer la bendición de Dios sobre todos los demás».

He venido insistiendo en que la enseñanza de La Salle sobre la oración sólo se puede entender

bien en relación con la identidad del Hermano y con su vida de fe y celo. Las siguientes palabras del Hermano Charles Reutemann, escritas en 1980 para el Simposio sobre la oración, son muy oportunas:

«Si la unión con Dios por medio de un servicio desinteresado al prójimo es el objetivo de la vida espiritual, ¿qué puesto ocupa la intimidad con Dios en la oración, y por qué la oración debe ser el primero y principal ejercicio diario? Sencillamente, estar ante Dios en la oración de manera consciente le permite al yo llegar a ser la persona que es capaz de ocultarse en el amor desinteresado y en el servicio...»

«Al hacer la distinción entre la experiencia religiosa de Dios en la oración, y el amor a Dios por medio del servicio al prójimo, se evita el poner demasiado el énfasis en la primacía de la vida de oración personal. La oración personal diaria es indispensable; pero el primer negocio de la vida se lleva a cabo en la «plaza de mercado» donde nos encontramos codo a codo con el prójimo necesitado» (*Simposio Internacional: La Oración*, pp. 170-171).

Pero, claro, hemos de preguntarnos qué actitud tenemos en relación con la convicción de La Salle de que la meditación es el primero y principal de los ejercicios diarios. Mi impresión, resultado de la «realidad vivida» es que la meditación *no* es el principal ejercicio, sino que en la práctica es a menudo el «primer ejercicio» que se deja de lado o se recorta cuando hay penuria de tiempo.

Una de las razones es, tal vez, que no hemos interiorizado realmente esa orientación del Fundador. No la hemos hecho «propia». Otra razón es que estamos inclinados a sacrificar lo importante a lo urgente. A pesar de lo importante que es la oración puede dejarse de lado sin consecuencias aparentes. Por tanto, la eliminamos a nuestro gusto de los horarios diarios para hacer campo a actividades que consideramos «más urgentes». Una tercera razón es que nos falta disciplina personal. No es fácil orar, o quizás más precisamente, no es fácil interrumpir lo que estamos haciendo y empezar a orar.

El Método de Oración Mental

Los Hermanos Michel Sauvage y Miguel Campos publicaron el año pasado su esperado Cahier Lasallien sobre *La Explicación del Método de Oración Mental* del Fundador. La obra consta de una presentación original pero absolutamente fiel del texto, notas y comentarios extensos, y varios estudios y documentos sobre la oración. Los Hermanos Michel y Miguel consideran que su contribución es un «instrumento de trabajo». Espero que esta importante obra —o al menos partes apreciables de ella— estén pronto a disposición de los Hermanos en la distintas lenguas usadas en el Instituto.

Las observaciones siguientes son puntos de vista estrictamente personales sobre las enseñanzas de san Juan Bautista de La Salle sobre la oración. No son el producto de una investigación científica, sino el resultado de años de experiencia y de refle-

xión. Si han de servir, a pesar de sus limitaciones, para estimular alguna reflexión seria sobre nuestra vida de oración, me daré por bien servido.

Lenguaje difícil

El lenguaje de la *Explicación del Método de Oración Mental* no es fácil. Sin embargo, creo que podemos encontrar en el Método una guía oportuna y valiosa. Dice La Salle, por ejemplo, que la oración se ha de hacer en «el fondo del alma». Otros escritores, tanto clásicos como contemporáneos, hablan de encontrar a Dios «en lo íntimo» o «en el corazón». Creo que La Salle insiste en que para orar bien hemos de estar «en contacto con lo íntimo de nuestro ser», es decir, alertas, atentos a la presencia de Dios y conscientes de ella.

Percibo un paralelo entre «fondo del alma» y «los corazones» a que hace mención el Fundador en la primera *Meditación para los Días de Retiro*: Dios «es el que, por Sí, ha iluminado los corazones de quienes El eligió para anunciar su palabra a los niños» (MDR 1.1). Esta iluminación de nuestros corazones no se da una sola vez en la vida. Dios nos sigue iluminando todos los días de nuestra vida. Nosotros hemos de ser sensibles a la presencia del Señor que nos ilumina y fortalece, que nos hace nuevas exigencias, que nos conduce, quizás en nuevas direcciones.

La principal «ocupación» del alma en la Oración

Varias veces he expresado mi convicción de que la oración nutre nuestra vida de fe, o más exactamente, nuestra unión con Dios. Este pensamiento está de acuerdo con aquel del Fundador cuando afirma que «la principal 'ocupación' del alma en la Oración... es llenarse de Dios y unirse interiormente a El» (EMO 1.1). Me parece que esta descripción es clave en la manera como La Salle entiende la oración.

No es difícil, por tanto, entender su insistencia en la «presencia de Dios». La actividad esencial de la oración es la comunión con Dios. Y aunque incluyó en su método un tiempo para consideraciones y reflexiones, previno contra el peligro de convertir la oración en un ejercicio intelectual. El meollo de su método es la «conversación» con Dios. Algunos miran con desconfianza el excesivo número de «actos» que tiene el método del Fundador. Pero creo que su mensaje es claro: la oración es esencialmente comunicación con Dios, y no razonamiento sobre El. Me viene en este momento a la memoria una de las muchas historias de Anthony Mello:

«Heme aquí sentado al lado tuyo, dice Dios a su devoto, 'y tú sigues reflexionando sobre mí con tu cabeza, hablando sobre mí con tu lengua, y leyendo sobre mí en tu libro'. ¿Cuándo te callarás para hallar gusto en mí?».

Naturalmente, los «actos», son en realidad subdivisiones de los cuatro grandes tiempos de toda

oración auténtica: la alabanza, la acción de gracias, la contrición y la petición. Una lectura cuidadosa del texto deja claro que los actos son propuestos como medios para lograr un fin: el de propiciar la comunicación con Dios; y, por tanto, deben ser tratados como tales.

Podemos comunicarnos con Dios, según La Salle, por reflexiones numerosas, por reflexiones espaciadas continuadas por largo tiempo y por simple atención, estando «delante de Dios» con fe y amor. Me parece que la manera como nos relacionamos con nuestros seres queridos nos puede ayudar a entender la oración. A veces sentimos la necesidad de hablar largamente, otras veces hablamos menos y hay ocasiones en que nos sentimos felices estando simplemente con quienes amamos.

Creo que muchos de nosotros seguimos estas orientaciones en nuestra oración. Después de ponernos en la presencia de Dios con ayuda de un pasaje de la Sagrada Escritura y con breves expresiones de fe y amor, reflexionamos brevemente sobre algún tema, que nos inspira la liturgia o los acontecimientos importantes de la semana o del día. Luego conversamos con el Señor, quizás usando los cuatro actos principales o sus subdivisiones como puntos de partida. Oramos usando pocas o numerosas reflexiones, según nos sintamos dispuestos y atraídos. Si preferimos, simplemente permanecemos en silencio en la presencia de Dios, pronunciando jaculatorias de vez en cuando (como lo sugiere el Fundador) para ayudar a mantener nuestra atención.

La Oración y la Vida

Quisiera hacer énfasis en otra dimensión de la enseñanza de La Salle sobre la oración, a saber: su vinculación con la vida. La oración no era una evasión de las realidades diarias. Por el contrario. La Salle instó a los Hermanos a ver la relación entre su oración y su servicio diario a los jóvenes. Debían presentar sus experiencias al Señor y les mandó interceder por aquellos «confiados a sus cuidados».

«Así, cuando tropecéis con dificultades en el gobierno de los discípulos, ...acudiréis a Dios de inmediato y pediréis con mucha insistencia a Jesucristo que os anime de su Espíritu, pues os ha escogido para realizar su obra» (MDR 4.1).

Aún más, La Salle formó a sus novicios para que establecieran una clara relación entre sus vivencias diarias y su oración, de modo que, finalizaran ésta, cada día, con una resolución práctica. El Fundador hace de esta relación una prueba de la calidad de nuestra oración:

«Es preciso seguirlo (el atractivo) todo el tiempo que a Dios plazca entretenernos en él, por ser señal de que tal es entonces la voluntad de Dios: lo cual se conoce cuando sale uno de la oración con nuevo deseo de cumplir bien las propias obligaciones, por amor a Dios y por darle gusto» (EMO, p. 275, ed. de S. Gallego).

La Palabra de Dios

Intimamente relacionado con el empeño de orar con regularidad está el amor a las Sagradas Escrituras, especialmente al Evangelio, que el Fundador consideraba como su «primera y principal Regla» (*Regla*, 6). Instó a los Hermanos a que llevaran consigo el Nuevo Testamento y lo leyeran diariamente. Como san Jerónimo, creía que los verdaderos servidores de Dios deben *devorar* las Escrituras «para poder comunicar y exponer los secretos que en sí encierran a quienes, por deber y de parte de Dios, tienen que instruir y educar en la verdad cristiana» (MDR 170.1).

Todas las noches, antes de retirarse, algunos Hermanos encuentran útil leer en espíritu de oración y de manera reflexiva las lecturas litúrgicas del día siguiente. Otros prefieren leer de seguido los libros de la Biblia. Lo que importa es comprometerse a leer las Escrituras diariamente y ser fiel a ese compromiso.

Intimamente unida a la lectura de la Sagrada Escritura está la lectura espiritual. La *Regla* habla de la lectura espiritual como una prolongación de ese contacto establecido con Dios en la meditación de su Palabra:

«Distribuyen los Hermanos sus ocupaciones de manera que puedan consagrar a la lectura espiritual el tiempo necesario para ahondar su fe. El proyecto personal tiene esto en cuenta» (*Regla*, 67a).

Muchos de nosotros admitiremos con honradez nuestro descuido de la lectura espiritual. El proble-

ma no es generalmente mala voluntad, sino falta de disciplina personal. La lectura espiritual es muy importante. No podemos crecer en nuestra vida de oración sin ella. Por este motivo debe recibir mayor atención del Instituto actualmente. A nivel comunitario debemos preguntarnos qué podemos hacer para propiciar una mayor fidelidad a la lectura espiritual. Algunas comunidades han decidido incluir tiempos precisos destinados a la lectura espiritual en el ritmo semanal de sus actividades. Ciertamente, cada comunidad debe cuidar de que se consigan regular y sistemáticamente buenos libros para la biblioteca de lectura espiritual de la comunidad.

La Oración Comunitaria

«El carácter que distingue a la comunidad de los Hermanos es ser comunidad de fe en la que se comparte la experiencia de Dios» (*Regla*, 48).

Esta descripción de la comunidad de los Hermanos es clara, exigente y estimulante. Es la descripción de una comunidad de hombres de Dios, de hombres que «tratan con el Señor», de hombres que se «dicen» mutuamente —de modo directo o indirecto— «¡creemos!».

Nos reunimos al menos por la mañana y por la tarde para celebrar la Liturgia de las Horas, unidos a la alabanza y a la intercesión permanente de la Iglesia (*Regla*, 71). Me pregunto, sin embargo, cuántos de nosotros somos sensibles a esta parti-

cipación en la oración de la Iglesia. Necesitamos más reflexión y diálogo sobre esta dimensión de la oración comunitaria.

Aunque la liturgia de las horas debe normalmente proporcionar el contenido de nuestra oración comunitaria, el mismo artículo afirma claramente que los Hermanos «pueden organizar también otras formas de oración que expresen la vida de la comunidad». Las oraciones pueden ser formas adaptadas de la oración de la Iglesia o formas más creativas de los ejercicios comunitarios.

¿Recitación... u oración?

Lo que importa es que la oración, cualquiera que sea su contenido, sea una auténtica oración. Lo mismo que la oración personal, la oración comunitaria debe ser un tiempo de acrecentamiento de la conciencia en la fe de la presencia de Dios en la comunidad y de la comunidad ante Dios. Esta conciencia de la presencia de Dios es el centro de nuestra oración. Por tanto es indispensable el recogimiento. Cuán fácil es caer en la trampa de «recitar» oraciones más bien que «orar», y luego sentirnos satisfechos por haber cumplido nuestro deber. «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí» (Mt 15,8).

Pero si tenemos que cuidarnos de «recitar» la liturgia de las horas o de rezar los salmos con demasiada rutina y rapidez, también tenemos que asegurarnos de que las «oraciones que componemos» sean verdaderas oraciones. Así como La Salle insistía en que nuestra oración personal debía con-

sistir más en consideraciones afectuosas que en razonamientos, de la misma manera los afectos —es decir, expresiones de adoración, contrición, acción de gracias, petición— debieran ser corrientes en nuestra oración comunitaria.

Mi opinión personal es que las «oraciones que componemos nosotros» son a veces de contenido y tono muy didácticos, y que dedicamos demasiado tiempo en lecturas. Pienso, también, que si la oración es esencialmente trato con Dios, todo lo que se refiera a la oración y su presentación ha de fomentar un sentido de reverencia y atención a la amorosa presencia de Dios. Indicaciones orales excesivamente largas o complicadas y demasiadas hojas, libros e himnarios, no solo no fomentan la reverencia sino que van contra el recogimiento. De nuevo, el peligro está en «recitar» oraciones en lugar de «orar».

Compartir la experiencia de Dios

Si nuestras comunidades deben caracterizarse realmente por compartir la experiencia de Dios, entonces nuestras oraciones deberían ofrecer frecuentemente a los Hermanos la oportunidad de manifestarse mutuamente su fe (*Regla*, 71). Como lo sugiere la *Regla*, este compartir puede hacerse de diversas formas. Quizás la forma más elemental sea la de proponer intenciones. Cuando un Hermano pide a sus Hermanos que recen por una intención particular, está verdaderamente compartiendo su fe. Un segundo nivel consiste en compartir breves reflexiones, sin discutir las, después de

una lectura. Y una tercera forma de compartir la fe, ocurre cuando de hecho los Hermanos oran en voz alta.

Compartir como acabamos de decir es más fácil para algunos Hermanos que para otros. Pero todos pueden aprender. Francamente pienso que nuestro progreso en este ámbito es demasiado exiguo y demasiado lento. Por otra parte, he quedado profundamente estimulado en mi propia vida de fe cuando he oído a Hermanos de diferentes edades y nacionalidades compartir su trato con Dios.

La Eucaristía

Conforme propuse en mi Carta pastoral de 1988, creer en Jesucristo es «vivir con los brazos extendidos»; es decir Sí a cuanto Dios nos pide en nuestra vida cotidiana como también «a todos los acontecimientos inesperados —y a veces penosos— que invaden el mundillo bien ordenado que queremos construir para nosotros mismos» (Robert Johann).

Si «vivimos con los brazos extendidos» como un acto de adoración al Padre, vivimos crucificados con Jesucristo, y si vivimos crucificados con Jesucristo, el Padre nos levanta en alto como hizo con su Hijo y nos llena del Espíritu. Entonces, también nosotros nos volvemos manantiales de agua viva para los que nos han sido confiados (F.X. Durrwell).

La Eucaristía es un memorial: «Haced esto en

memoria mía». En su larga tradición los Judíos «rememoran» con celebraciones los maravillosos acontecimientos de las acciones de Dios en la historia, «recordándolas» tan vividamente que en cierto modo reviven los acontecimientos y participan en ellos. Aunque la Eucaristía es esencialmente diferente porque Jesucristo está sacramentalmente presente, tiene sus raíces en la tradición judía. Nosotros «rememoramos» la muerte, resurrección y ascensión de Jesús «con nuestros brazos extendidos» y participamos en su aceptación por el Padre.

«...en la comunión con la muerte y resurrección de Cristo y en la escucha de la Palabra, se realiza comunitariamente la unidad de los corazones en el mismo espíritu y para la misma misión» (*Regla*, 70).

Celebramos la Eucaristía diaria unidos ante todo con los Hermanos de nuestra propia comunidad, pero unidos también con nuestros Hermanos de todo el mundo. La Eucaristía es una celebración de nuestra unión con Cristo, único intercesor ante el Padre, por medio de quien presentamos a Dios nuestras intenciones, las de nuestros alumnos y las de nuestros seres queridos y asociados (*Regla*, 66).

Cuando entramos en el sagrado misterio comiendo el Cuerpo y bebiendo la Sangre de Cristo, no somos nosotros los que recibimos a Cristo, sino Cristo quien nos recibe a nosotros. *Lumen Gentium* nos habla con un lenguaje conmovedor de esta profunda verdad:

«Participando realmente del Cuerpo del Se-

ñor en la fracción del pan eucarístico, somos elevados a una comunión con El y entre nosotros... Y a sus hermanos, congregados de entre todos los pueblos, los constituyó místicamente su cuerpo, comunicándoles su espíritu» (L.G. 7).

La Eucaristía diaria es una preciosa ocasión para renovar, en unión con Cristo y en unión con nuestros Hermanos «de todos los pueblos», nuestra entera consagración a la Trinidad, disponiéndonos a recibir su espíritu, don de Dios.

Entregarnos en serio a Dios requiere atrevimiento, valentía y estar en disposición de tomar riesgos. Nunca dejarán de impresionarme estas palabras de Dag Hammarskjöld:

«Alguna vez respondí Sí a Alguien —o a Algo— y desde ese momento estuve seguro de que la vida tiene sentido y que, por lo tanto, mi existencia, con mi propia entrega, tiene un objetivo» (*Huellas*, Pentecostés, 1961).

Nótese bien, Hermanos, que Hammarskjöld no dice que después de descubrir el sentido de la vida se entregó a Dios. Al contrario. En la servidumbre de la duda se entregó enteramente a Dios. Y encontró en ese acto de entrega el sentido que estaba buscando.

La Eucaristía puede ser ese momento especial del día en que, juntos y por asociación, decimos Sí a Dios. Y podemos estar seguros de ser escuchados.

María Madre de la Iglesia

Los artículos de nuestra *Regla* referentes a la devoción a María, Madre de la Iglesia siguen perfectamente las reflexiones de los párrafos precedentes:

«En el 'Sí' total que dio al Señor descubren ellos (los Hermanos) mejor el sentido de su propia consagración. De ella aprenden la docilidad al Espíritu que los configura con Cristo...» (*Regla*, 76).

Hermanos, honrar a María cada día, personal o comunitariamente, es una dimensión importante de nuestra vida de oración. Aunque María es honrada regularmente en la liturgia de las horas y periódicamente en la Eucaristía, estamos claramente invitados a cultivar una devoción particular a María, una devoción que puede expresarse con el rezo del rosario o alguna otra práctica regular. Las Comunidades igualmente, al preparar su proyecto comunitario, deben tener en cuenta esta orientación.

Imperativo Existencial

«De ordinario, los Hermanos ofrecen a Dios, por lo menos, dos horas diarias entre oración mental, Eucaristía, oración comunitaria, lectura espiritual y oración personal...

«...los Hermanos regulan el orden, la hora y el ritmo de sus diversos encuentros de oración. Luego llevan a la práctica lo que han decidido...» (*Regla*, 73-73a).

Los Capitulares del 41º. Capítulo General le dedicaron atención considerable al artículo 73. Un buen número de Hermanos no estaban de acuerdo en especificar la cantidad de tiempo destinado a la oración y a la lectura espiritual. Su argumento era que no se podía «legislar» sobre el tiempo que los Hermanos debían permanecer en la capilla. Ellos temían que el presentar la oración en términos de prescripciones y obligaciones podía fomentar una actitud hacia la oración que es malsana y falsa.

Estos argumentos deben tomarse en cuenta. No se trata ciertamente de limitarnos a un «imperativo moral» que, al menos indirectamente, propicia un enfoque conductista de la oración. Según escribió el Hermano Charles Reutemann:

«No se trata de un imperativo moral, 'ciertamente como buen Hermano tengo que orar', sino de un imperativo existencial, 'ciertamente no puedo ser la persona que deseo ser sin una vida de oración regular'. Para muchos Hermanos este es el meollo de la cuestión: ¿de qué manera llego a ser impulsado hacia un imperativo existencial de orar, un imperativo que me conduzca a sacrificar tiempo y sueño y conveniencias?» (*Simposio Internacional. La Oración*, p. 175).

El avance hacia la consecución de este «imperativo existencial» es el principal objetivo de la formación permanente. Insistir mucho en el «imperativo moral» es arriesgarse a crear actitudes de «orar para cumplir con una obligación» —actitudes que deseamos evitar a toda costa.

Pero, personalmente, no interpreto el artículo

73 desde la perspectiva del «imperativo moral». Lo que el artículo expresa es una decisión tomada por los capitulares para resolver los interrogantes expresados por una considerable variedad de opiniones en el Instituto concerniente a la vida de oración. Teníamos que decir sin ambigüedad que como hombres llamados a ser ministros de Cristo ante los jóvenes, somos hombres de oración personal y comunitaria. Teníamos que decir claramente lo que implica la vida de oración. Alguna referencia a la «cantidad» fue muy necesaria.

Lo que el Capítulo dijo, en efecto, fue que el Hermano es una clase de persona en quien la vida de oración juega una parte esencial. El proceso de formación permanente debe ayudarnos a todos nosotros a llegar a un punto tal que podamos decir: «Ciertamente no puedo ser la persona que deseo ser sin una vida de oración regular».

Un debate bastante similar ocurrió durante la discusión de la oración personal o meditación. Algunos quisieron que la *Regla* reafirmara explícitamente la larga tradición del Instituto de tener la oración personal o meditación en común. Otros se opusieron argumentando que los Hermanos son personas responsables y que deben poder escoger el tiempo y el lugar para su meditación. Después de un largo e iluminador debate, durante el cual se expresaron con gran libertad varias opiniones, el Capítulo decidió limitarse a las directivas de que «Cada Hermano es el primer responsable de su oración personal» (*Regla*, 72) y de que «La comunidad se preocupa de que cada Hermano disponga de tiempo suficiente y condiciones propicias para la reflexión y oración personales» (*Regla*, 50a).

De hecho hay un creciente número de comunidades que escogen libremente un tiempo para la oración personal o meditación en común. Los Hermanos encuentran sostén y estímulo en la presencia de sus Hermanos en oración. Apoyo vigorosamente este movimiento, con tal que se respete la posición de los Hermanos que prefieren meditar en privado. Obviamente aceptamos el «imperativo existencial» como el fin a alcanzar. Al mismo tiempo debemos tener la suficiente honradez para aceptar que la experiencia de Pablo se nos aplica a la nuestra: «Lo que realizo no lo entiendo, pues lo que yo quiero, eso no lo ejecuto, y, en cambio, lo que detesto, eso lo hago» (Rom 7,16).

EPILOGO

Concluyo, Hermanos, con una oración que san Juan Bautista de La Salle compuso e incluyó en la *Explicación del Método de Oración Mental*. Ella resume bellamente mucho de lo que he tratado de decir:

Jesús presente en medio de los que están reunidos en su nombre

«¡Cuánta dicha la mía, oh Dios mío,
la de hacer oración con mis amados Hermanos,
puesto que, según vuestras palabras,
tenemos la ventaja de teneros
en medio de nosotros!

Estáis presente, oh Jesús mío,
para derramar vuestro Espíritu sobre nosotros,
según lo decís por vuestro Profeta,
como lo derramásteis sobre vuestros Apóstoles
y primeros discípulos, cuando estaban reunidos
y perseveraban en la oración,
en una íntima unión de espíritu y de corazón
en el Cenáculo.

Concededme también,
por vuestra presencia en medio de nosotros
reunidos para orar
la gracia de tener íntima unión
de espíritu y de corazón con mis Hermanos,
y la de entrar en las mismas disposiciones
que los Apóstoles en el Cenáculo

para que, habiendo recibido
vuestro divino Espíritu,
según la plenitud que me habéis destinado,
me deje dirigir por El
para cumplir los deberes de mi vocación
y me haga participar de vuestro celo
en la instrucción de los que os dignéis
confiar a mi solicitud».

AMEN.

Fraternalmente en La Salle,



Hno. John Johnston, FSC
Superior General